

## Armas contra reflexión

LOS golpistas españoles tienen, a lo que se ve, una curiosa propensión a ahorrar al ciudadano y sus representantes el trabajo de votar. El 23 de febrero, el teniente coronel Tejero y sus hombres irrumpieron en el Congreso cuando se estaba procediendo a votar la investidura que había de convertir en presidente del Gobierno al señor Calvo Sotelo. Ahora la operación —cultamente llamada «Cervantes», no sabemos por qué curiosa razón— consistía en aprovechar el llamado día de reflexión, que cierra la campaña electoral y precede al momento de elegir, para evitar, pura y simplemente, que los españoles fuéramos a las urnas.

¿Es que los coroneles detenidos daban por supuesto el resultado y querían evitarlo? El teniente general Milans del Bosch ha sido trasladado a Sevilla. Se dice que estaba al corriente de los preparativos. ¿Cuál hubiera sido el programa que hubieran presentado a los españoles los militares en armas, en el supuesto de que este golpe, de mano o de Estado, hubiera alcanzado más éxito que el del 23 de febrero? ¿Por qué no presentar abiertamente las propuestas al pueblo español, en nombre del cual sin duda se hubiera producido el levantamiento, y proponerle una alternativa mejor que la de los señores Fraga, Calvo, González y demás líderes de partidos o coaliciones?

Va resultando un poco abusivo —por decirlo suavemente— que quienes cobran del presupuesto, en vez de manifestar su disconformidad con el sistema constitucional en vigor y con una democracia que puede dar el poder al señor Piñar o al señor Carrillo, si alcanzan votación suficiente, traten de utilizar el armamento suministrado por el Estado con dinero de la ciudadanía para imponer sus particulares puntos de vista —por lo demás respetables—, al resto de la población, que casualmente es la gran mayoría.

Que los golpistas se desprestigien puede no ser malo. Que haya que ir sometiendo a juicio, uno por uno, o docena por docena, a los que cada vez dan la cara, o son descubiertos parece un proceso excesivamente lento.

NO todo es negativo. Algo positivo hay. Y es, ni más ni menos, que los servicios de información de las Fuerzas Armadas, que no logran anunciar, con veinticuatro o cuarenta y ocho horas de anticipación y con los datos fehacientes, la entrada del teniente coronel Tejero en el Congreso y la salida a la calle de las tropas del teniente general Milans del Bosch, esta vez han advertido a tiempo la operación y se ha detenido a los que se ha creído estaban en un primer plano de actividad conspiradora.

Se habla de otros implicados. Se dice que tenían mando. Lo que el Ejército no debe aceptar es que periódicamente personas de uniforme y con mando lleguen, llevados de un mal entendido patriotismo, a establecer distancias y acaso desconfianzas entre la ciudadanía que quisiera estar protegida de sus enemigos, interiores y exteriores, y los encargados de protegerla, por vía constitucional y con recursos presupuestarios.

Si de pronunciamiento se trata, lo lógico es pronunciarse abierta y lealmente, ante la opinión pública, y aspirar a recoger los sufragios de los españoles, en la proporción que las urnas muestren. Lo demás es un abuso ilegal e intolerable política y patrióticamente, fuera cual fuera la rectitud subjetiva en la conciencia de los conspiradores. Estamos en un Estado de derecho y no valen los subjetivismos armados, por patrióticamente encendidos que se presenten. O España forma parte de los países desarrollados del mundo occidental con pretensiones justificadas de ingresar en la Comunidad Europea y con un tratado suscrito con la Alianza Atlántica o estamos de nuevo en el siglo XIX, y antes de la Restauración.

Los coroneles detenidos han prestado un flaco servicio a las opciones democráticas de autoridad. Han venido a poner de manifiesto que el ciudadano puede temer de algunos de quienes están para servirle. Los recientes debates entre políticos han puesto de relieve el tono educado, conciliador, moderado de las opciones políticas que se disputan el voto. ¿Contra qué iban a levantarse estos señores?

Se dirá que son pocos. Pero habrá que reconocer que la disciplina militar y la madurez cívica no pueden tolerar que militares en activo quieran enfrentarse a sus compañeros de armas con el conjunto de la población, por desarmada que esté, impedir la reflexión de millones de españoles y sustituirla por la proclamación de una minoría presuntamente apoyada por las armas que se sufragan con el presupuesto nacional, nutrido con los impuestos de empresarios, profesionales, empleados y trabajadores, preocupados por los problemas comunes, el del empleo en primer lugar. ¿O es que los detenidos tenían alguna aportación que hacer en este tema, aparte de ocupar unos empleos que los jueces dirán si merecen?

Celebremos que esta vez la Información haya llegado más a tiempo. Esperemos que las ramificaciones del golpe queden a la vista. Dispongámonos a seguir preparando la elección de nuestros próximos representantes. E incorporaremos con pena un nuevo enigma histórico, el del 27-O, a la sarta de fechas que se levantan como hitos de una convivencia agitada, y ahora ya no por culpa del pueblo español, sino de quienes no se atreven a pedir siquiera el voto. Socialistas —«queremos unas Fuerzas Armadas que nos defiendan de nuestros enemigos»— y centristas —«el Gobierno ha actuado con ejemplar anticipación en la defensa del sistema democrático»— han unido su voz ante este nuevo intento de sacudir el sistema constitucional; y de hacernos perder el tiempo a todos los que aspiramos a vivir pacíficamente en un país occidental avanzado en el último tercio del siglo veinte.

EN los territorios del presente Reino hemos entrado ya, o entraremos pasado mañana, en plena «campaña electoral». Y no es necesario decir lo que eso supone: «política» durante las veinticuatro horas del día hasta el momento de las urnas. Tendremos discursos para dar y vender, secuestrarán el tiempo de la tele y de las radios para que los prohombres preparlamentarios nos expliquen sus programas, llenarán las paredes de papeles y pintadas, los periódicos irán repletos de declaraciones y «slogans», el tema tenderá a acaparar las conversaciones domésticas... Es natural, desde luego, y así ocurre en todas partes donde se producen situaciones similares. Pero... Pleno que, tal vez, tanta concentración de «política» en tan pocas semanas puede conducir al aburrimiento. O a algo peor: a la desconfianza. Como es lógico, todos los candidatos nos acosarán con sus respectivas promesas: el oro y el moro (más el moro que el oro), la panacea (en todo caso, el ungüento de la Madre Celestina), la «salvación de la patria» (si es que la patria todavía no está a salvo) y cosas por el estilo. Lo propio de esta gente, cuando llega la época del voto, es convencernos de que, si ganan, lo arreglarán todo. O casi.

Y no es que me queje —aunque me queje— de que el procedimiento haya de ser forzosamente éste. El sistema se basa en ello, al fin y al cabo. Los críticos de la llamada democracia liberal siempre lo recordaron como una objeción: el ciudadano «interviene» una vez cada cuatro o cinco años, al ser convocado su sufragio, y de unos comicios a otros los asuntos públicos quedan del exclusivo manejo de quienes fueron elegidos. Lo cual no deja de ser verdad. Que los regímenes de alternativa sean aún peores no resulta un argumento válido para el caso. Porque lo que yo quería denunciar es otra evidencia: entre elecciones y elecciones, la mayoría del personal reingresa a la condición amorfa del «apoliticismo». Habrá y hay unas minorías militantes, desde luego. Pero una vez depositado el voto, el vecindario suele desentenderse de la política y traslada su interés al fútbol, al jornal, a los precios, a las fiestas, al reuma que le atosiga o incluso —algunos— a la cultura. Y no es todo esto y más no sea también «política», que lo es. Sólo que ya no es visto como «política».

Se producirán males, pongo por caso, a raíz de una subida de impuestos o de un aumento del paro: el individuo corriente, cuando se lamenta, ya ha olvidado a quién votó, y no es insólito que la culpa de su desazón tenga que atribuirse a su candidato: a su partido. No lo hace así. Tampoco hay que reprochárselo. Los políticos profesionales ya se encargan de que el galimatías verbal y práctico sea lo suficientemente espeso como para que perdamos de vista las responsabilidades inmediatas, sin descartar las que nos corresponden a los demás. Sospecho que en cualquier lugar del mundo, la «política» está montada sobre idénticas premisas: la de una casta muy concreta y cómplice, que se hace votar y que manda, y la de unas masas subalternas que se resignan —y la valga irónicamente la manera «órsida» de expresarlo— al trabajo y al juego. Nunca hubo ninguna garantía acerca de la competencia política de los políticos, y cualquier gabinete ministerial de éste o aquel país ha dejado a las historias nombres de una estolidez total, y, a menudo, de una zafiedad profesional extremada. El pueblo ni se entera. No se entera de que don Fulano, hoy ministro de Educación, anteaer lo era de Finanzas, sin saber lo que se llevaba entre manos ni en lo uno ni en lo otro. Y no habíamos del trasiego de subsecretarios y

## La «casta»

# El político y su paradoja

directores generales. Entre los políticos todos sirven para todo. O nadie sirve para nada. Y a cada crisis ministerial aparecen y desaparecen la tira de mediocridades ineptas.

LAS que hemos sufrido en estas latitudes, y las que sufriremos, bastarían para probarlo. No creo que en Italia o en Francia, en Bélgica o en el Canadá, y no quiero citar Estados más cómicos, sea distinto. Si un «premier» mete al frente de la economía de su territorio a un analfabeto o a un loco —en la «transición» española ha habido más de un caso—, es de esperar que las cosas vayan de mal en peor, y eso que, de por sí, ya iban mal. Pero estos personajes ocupan sus carteras y las abandonan sin el menor rubor y sin saber que se les pueda pedir cuentas. En la Edad Media, y aun después, ciertos cargos más o menos elevados estaban sometidos a «juicio de residencia», y con relativa severidad se les obligaba a dar razón de su ejercicio. La democracia liberal arrumbó esta costumbre. Uno, en un momento de ira ante la estupidez oficial, acaba por añorarla. Pero aquello era otro mundo, otra su «filosofía política»: descansan en paz. Sólo que, hoy, la casta política hace y deshace a sus anchas y muchas de sus barbasadas son irreversibles. Y no es nada extraño que sus víctimas les vuelvan a votar. Me parece correctísimo que el señor Ferrer Salat y los suyos apoyen a la derecha: nunca he llegado a entender cómo estos empresarios tan listos lloriquean a consecuencia de la torpeza o la necedad de sus propios títeres. No deseaba poner este ejemplo, pero no he sabido evitarlo. Ustedes perdonen.

Por descontado, los asuntos públicos no son sencillos y menos hoy día. Pero mientras la casta política sea inamovible, cosa de compadres y de tirayaflojas, de amigos y parientes, no le veo salida a la amargura colectiva. Gane quien gane, en las próximas elecciones. Si no ganan los de siempre, me temo que el esquema se repita por los otros. No hay ninguna garantía de que no sea así. Con listas cercanas, la ley de D'Hont, las dimisiones firmadas en blanco, la disciplina parlamentaria y las demás zarandajas a que nos tienen acogotados (pactos incluidos, confesados o inconfesados), el censo electoral puede que se encoja de hombros. No lo hará. Pero estaría en su derecho, y eso sí que sería una verdadera lección de «civismo», diga lo que quiera la Constitución vigente. No voy a postular la abstención, aunque no es por falta de ganas. La abstención electoral siempre favorece a alguien, y no precisamente a quien ofrece una alternativa de cambio o a quien hizo lo posible y hasta lo imposible para que el derrumbe no se precipite. No precisaré más, ni me incumbe hacerlo. Sin contar con el espacioso y desigual trato de propaganda que van a disfrutar los «macropartidos» y los «micropartidos», en los bancos y en las vallas, en las ondas y en el papel impreso...

Un conocido poeta español, lánguido y esteta, insinuó la consigna: «Amor y poesía cada día». Digamos: «Amor y política cada día». No sólo cuando haya elecciones. E insis-

to: política lo es todo. Como lo es todo, y no sólo los impuestos y el paro, cometemos un error tremendo en caer en la trampa de los «políticos», que sólo nos piden el voto periódico y alguna asistencia eventual a manifestaciones. Mientras la «basé» no incorpore a su vida la política tanto como el fútbol, la cocina o la discoteca, la casta política se lo pasará en grande: peleándose, aliándose, según convenga a «sus» estrategias. La presión popular ha de producirse por otros canales: no sé cuáles. Si lo supiese me dedicaría a la política. Y no lo quiera Dios: quizá si me dedicase a la política sería uno más de la casta. Y hay que estar en contra de la «casta», cada cual desde su sitio. No un sólo día: día tras otro. Y contra la misma «casta» con la que se tienen afinidades. En la «clase política de Madrid todos son cuñados, yernos, primos hermanos, compañeros de consejos de administración, sobrinos de ex ministros franquistas: una deliciosa endogamia.

Reconozco que este comentario viene viciado por la lejanía: periférica y social. Y acepto cualquier rectificación posible. Estoy seguro que sólo será de matiz. Espero que los próximos votantes sabrán a qué atenerse: a sus intereses. Serán intereses de clase, nacionales, religiosos (o irreligiosos): no importa. Cada cual irá a lo suyo. Pero mi obsesión es que eso no basta. Votar a un candidato estúpido, por muy de la cuerda que sea, será una equivocación que se pagará cara. Ya lo apunté, hace unas semanas en estas mismas páginas: el «modelo de sociedad» no cambiará. No puede cambiar. A lo máximo a que podemos aspirar es a que no lo admitan una docena de asnos porque sean de este partido o del otro. Y que no se digan tonterías, o más tonterías de las verosímiles. Cuando un político de Madrid empieza por inculcar a su electorado que en cuatro años creará 800.000 puestos de trabajo, y siendo él socialista, sólo se me ocurre pensar que será ampliando la plantilla de la guardia civil o la del cuerpo de bomberos. Cuando el señor Fraga abre la boca, me limito a rezongar, como aquel francés del XVIII: «Ya me gustaría tener la certeza de una sola cosa como él la tiene de todas...». Y así sucesivamente.

Voten ustedes, si ese es su «hobby» o su «imperativo» moral. Todo este papel está dirigido a inducirles a que no voten a candidatos bobos, sean de derechas o de izquierdas. Derechas e izquierdas —excepto las extremas— están metidas en el mismo saco: son tías y besuqueantes. ¿Cuántos «pactos» asumieron las izquierdas mientras la derecha franquista ha estado en el poder? Volverá a ser lo mismo: las derechas pactarán, si ganan los socialdemócratas. Están condenados a «entendese», porque el lío es grandioso, y todos saldremos perdiendo si no empezamos por ahí, y si se renuncia, como todos han renunciado, a cambiar el «modelo de sociedad» si en un gobierno González la economía cae en poder de un ministro de la especie de los que empleaba el señor Suárez, no saldremos del atolladero. El ser socialdemócrata rebajado no es ningún aval. Y quien dice la economía, dice la cultura. O la enseñanza. O lo de los caminos, canales y puertos. O lo de las relaciones exteriores, todavía fascinadas por los «dogmas nacionales» de Vázquez de Mella... Una gota de política sensata cada día, en cada ciudadano, sería lo ideal. Y no votar así, de sopetón, a los chanchulleros internos de cualquier partido... Y, en definitiva, a la «casta».

Joan FUSTER

## Cartas de los lectores

Sólo publicaremos —íntegras o condensadas, según el espacio de que dispongamos— las cartas breves, escritas a máquina, a dos espacios, por una sola cara, de no más de un folio y que puedan ser firmadas con nombre y apellidos. Recordamos a nuestros comunicantes que han de constar sus señas completas y que no mantenemos correspondencia, ni atendemos visitas o llamadas telefónicas respecto a cartas de esta sección. Cuando los lectores lo deseen, y si el tema se presta, pueden enviar sus cartas ilustradas con fotografías.

### Triste y lamentable espectáculo en el Parlament

Señor Director:

Es muy triste y lamentable el espectáculo que se ha ofrecido, desde nuestro Parlament, tanto a Cataluña como al resto de España. Es triste y lamentable que con tal de organizar un golpe de efecto con fines electorales, se juegue con el prestigio y la dignidad de un pueblo y de un hombre; pueblo: el catalán; hombre: Benet.

Ni Cataluña ni Benet se merecen este trato, aunque Benet por lealtad y fidelidad a unas ideas lo acepte. Es muchísimo más fiel el señor Benet a sus compañeros del PSUC que éstos a él y al pueblo al que quieren representar.

Perdóneme, señor Director, porque parecerá que ya estoy haciendo partidismo, y lo que pretendo es exponer mi tristeza, vergüenza, rabia e impotencia, como ciudadano, como miembro de la mayoría silenciosa que vota.

Soy demócrata y acepto la voluntad de la mayoría, aunque a veces yo no esté de acuerdo con ella, ahora lo que no puedo aceptar es que en el Parlament no se respete al pueblo que en su día manifestó su voluntad.

De acuerdo que la reglamentación parlamentaria aprobada por consenso, que se dice aho-

ra, prevé la posibilidad de una moción de censura constructiva, fijémonos bien, constructiva, no electoralista y carente de posibilidades de éxito, los hechos lo han demostrado, y ya antes de producirse la votación, los partidos se habían pronunciado públicamente (nos podíamos haber ahorrado las energías y el gasto). Para este viaje no hacían falta alforjas. Señores parlamentarios, sean serios, constructivos, eficaces, honestos y cumplan con el deber parlamentario que el pueblo catalán expresó.

Lluís MAS

### La capital del Maestrazgo

Señor Director:

Me dirijo por primera vez a esta sección, por un artículo aparecido en este periódico, el 31 de agosto pasado, en el apartado Horizonte, página 40, titulado «Arte y religiosidad en la fiesta de Morella». Y lo hago por entender que se ha cometido un reiterado error al nombrar a la bella ciudad de Morella como capital del Maestrazgo. Debo decir que no soy nin-

gún profesional de la historia, pero sí que he estudiado profundamente la de esta bella comarca, y por tanto puedo decir, fundadamente, que Morella nunca ha sido la capital, mal que le pese a los moréllanos, y si San Mateo.

Para respaldar lo que afirmo, me remitiré a la propia historia. Ya en 1317, Jaime I cedió a la recién constituida Orden de Montesa (Orden que tuvo bajo su jurisdicción toda la comarca que nos ocupa), todas las posesiones de los templarios, construyéndose en San Mateo el palacio-fortaleza del Gran Maestro de Montesa y de todos sus sucesores. Por la importancia que tomó San Mateo como capital, en el año 1429, más exactamente el 24 de agosto, el Papa protagonista del Cisma de Occidente, Clemente VIII, renunció públicamente en la arciprestal gótica de San Mateo, a su papado, ante el legado del auténtico Papa de Roma, Martín V, el cardenal Pedro de Foix.

El mismo año, Alfonso el Magnánimo preside las cortes reales del reino en San Mateo, como ya lo habían sido en 1370 y lo seguirían siendo en 1421 y 1459.

Creo, humildemente, que todo esto es una muestra fehaciente de que es San Mateo y no Morella la capital del Maestrazgo, también llamado de Montesa, pues aunque Morella fue el cuartel general de Cabrera, general carlista (S. XIX), San Mateo tuvo el honor de dar hospedaje durante cinco siglos al Gran Maestro en el palacio construido para este fin, y que sería destruido durante la guerra de los siete años.

Y es que, señor Villena, con todos mis respetos, la historia empezó mucho antes del siglo XIX cuando la guerra carlista...

Josep M.<sup>a</sup> BESALDUCH  
CLARA

### La frase refleja la época

Señor Director:

La frase «Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos», la leyó atribuida por los propios franceses a San Bernardo («Les samourais», Jean Mabire/Yves Breheret. Páginas 104 y 105). Un especialista indígena en la heréjica albigense me confiesa que tampoco la pronunció Arnau Amalric, pues la pusieron sospechosamente en su boca más de medio siglo después de su muerte. En el contexto que yo la citaba, creo que lo más importante era que la cínica frase en cuestión reflejaba bien el ambiente tremendo de la época.

Lluís PERMANYER